

# Nº11 Febrero 2023

*Escucho el sonido de los pájaros al despertar,  
el alambre funambulista está en las alturas  
y aunque sé que hay vida bajo la tierra,  
ni cuando caiga y descanse  
dejaré de saltar de estrella a estrella.*

*Victoria Cediél*



# *i* **VOLVEMOS!**

**en este número**

CORAL CORTÉS BOIX  
ANNA BUKOWSKA  
MANUEL FERRERO  
CAMINANTE  
DÉBORA POL  
JOSE MANUEL HIDALGO  
JOAQUÍN CASIS  
IVÁN ÁVILA NIETO  
CARLOS E. GUEDEA G.  
PILI DA SILVA  
M<sup>º</sup> JOSÉ PÉREZ LUGONES  
JULIE HERMOSO  
ÁNGEL J. CÁMARA J.  
JOSE LUÍS JIMÉNEZ CARA  
EL VIEJO WALT  
LA GALERÍA  
Y MÁS

**Ilustración "Docencia"**  
**de Victor Bartolomé Martín**

# Las historias más bonitas del mundo



Alisha era hindú. El significado de su nombre era “a la que protegen los dioses”. Los nombres, en su mayoría escritos con el alfabeto **Devanagari**, estaban muy influenciados por la religión, las tradiciones y costumbres de su origen. Su piel, medio cobre, piel blanca y canela. Sus cejas eran espesas perfectamente delineadas, sus ojos grandes, duros, marrones como el fruto del castaño, circulares, abiertos en la línea del agua del ojo, cómo quién llora en privado. Pestañas largas y una belleza profunda y dura. Su cabello era oscuro, abundante y lacio; y acostumbraba a llevarlo atado. En aquel instante estaba preparando el **Korma** en la cocina, pequeña pero moderna y sofisticada, con una puerta que daba a un pequeño espacio abierto, para la secadora y la lavadora. El **Korma** era un guiso vegetal que se solía acompañar con el pan **naan**, el tradicional pan hindú, curry, jengibre, cilantro, judías, zanahorias.... El calor del pesado agosto y el fuego hacían que ella entrara en calor. Aunque llevaba años en el país, seguía intentando conservar las recetas aprendidas y algunas de sus tradiciones. Su piel

sofocada,  
encendió sus  
pómulos del color de los tomates, que estaba cortando en forma de cubos.

- Vamos ;**Uma**! A comer ! – **Uma**, significaba paz. Pero, aunque es recurrente, daba mucha guerra. Era una chica de 16 años que se discutía con la adolescencia

Alisha, parecía más cansada de lo habitual. Tenía el rostro desfigurado y tenso por los nervios. Después de comer sacó un pastel con 16 velas. Demandó a Uma que pidiera su deseo

La dedicación, cautiva, en los pliegues hundidos bajo los ojos perforados dónde vaciarla del jugo de su esperanza. No existen dueños en la expansión de sus quimeras. Contingente dónde reside la pérdida absoluta del anhelo

para salir adelante. Compaginando los amigos con las obligaciones de ser estudiante. Responsable y cuidadosa. En aquel momento, empezaba el bachillerato artístico, decisión que no le costó tomar. Su pasión, era el dibujo, lo cierto es que cada día, dibujaba al menos un par de horas y perfeccionaba su estilo. Era su pasión y no podía remediarlo. Le encantaban los comics y los coleccionaba y resguardaba con cuidado en un mueble a medida que elaboro ella misma durante un verano. Quería, algún día, ilustrar y elaborar un cómic o cuentos, que otros leerían. Aquel día, celebraba su cumpleaños.

**Alisha**, parecía más cansada de lo habitual. Tenía el rostro desfigurado y tenso por los nervios. Después de comer saco un

pastel con 16 velas. Demandó a **Uma** que pidiera su deseo. Después partieron la tarta y empezaron a comer. El silencio era impropio de **Alisha**. Pero había algo que quería expresar en el momento oportuno; sin embargo, hay cosas, que jamás tienen un lugar en el espacio tiempo adecuado.

-Creo, que empiezas a ser mayor. Eres responsable, madura. Creo que ha llegado el momento de que sepas algo más de ti. – **Alisha** hizo una pausa y miro a su mano, jugaba con la servilleta de papel inquieta.

- Dime **Alisha**, nada puede ser tan grave. – Respondió **Uma**.

**Alisha** saco de una bolsa roja, con detalles dorados colgada en el respaldo de la silla, una caja de madera de pino, con dibujos silvestres tallados a mano. **Uma**, la reseguía con la mirada viva, despreocupada y curiosa en silencio. **Alisha**, cogió aire y a continuación exhalo y cómo si aquello le diera fuerzas para continuar abrió la caja y saco un puñado de cartas escritas a mano.

- Son de tu madre.
- ¿Mamá?
- Ella está muerta. Murió en un incendio de una fábrica en **Bangladesh**.

**Uma** recogió el puñado de cartas, como quien recoge el cuerpo sin vida en un féretro, por vez primera, encima de sus manos y se detuvo en una única fotografía. Una mujer sencilla y bella, con su **Sari** de color azul. La dedicación, cautiva, en los pliegues hundidos bajo los ojos perforados dónde vaciarla del jugo de su esperanza. No existen dueños en la expansión de sus quimeras. Contingente dónde reside la pérdida absoluta del anhelo propio. La aguja del presentatelas puntiaguda sube y baja, infringiéndole dolor el pecho; se da la vuelta en la cama envuelta por sudor frío, aplastando parte de las cartas ya leídas. Aceleraban desaforados los sonidos enérgicos de sus máquinas de coser, semejantes al sonido de

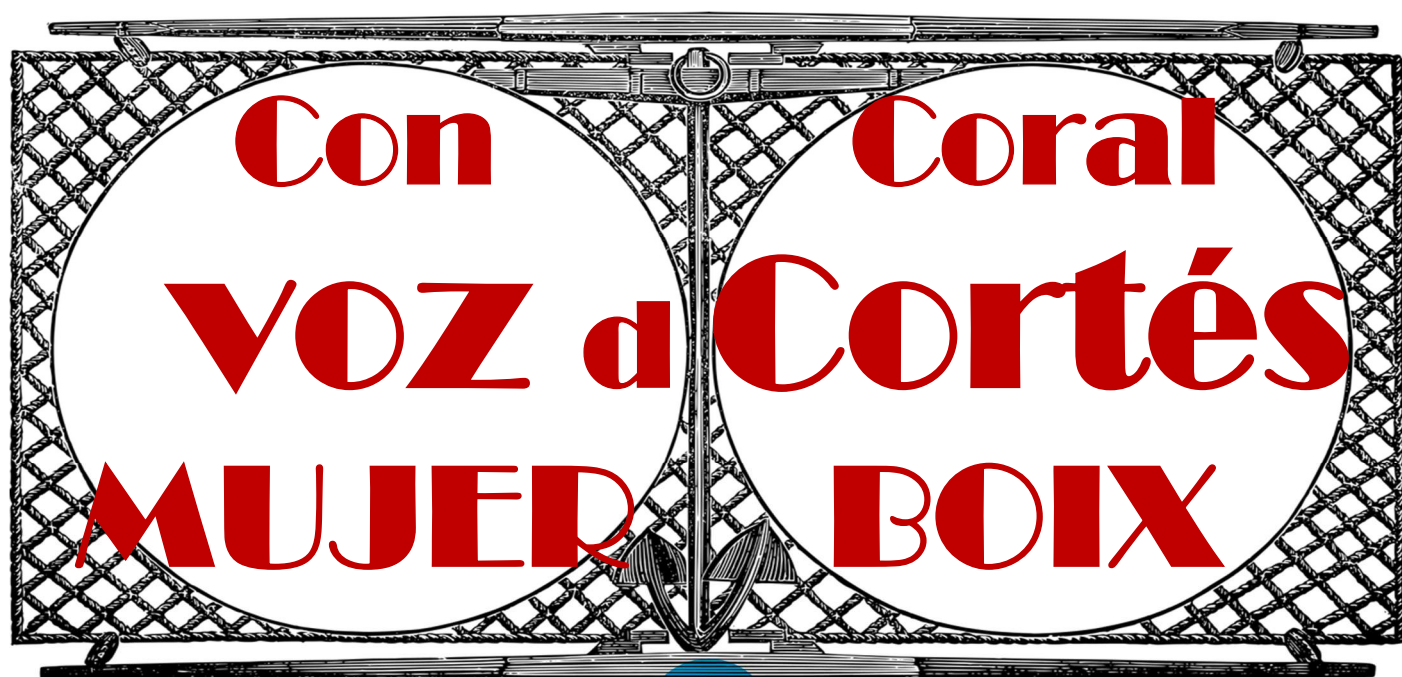
un ferrocarril de vapor anticipando las llamas. Y luego, el silencio del punto muerto y la costura rápida, desacerbada entretanto el edificio de nueve pisos se desplomaba como una torre de naipes sobre la tierra húmeda de religiones encontradas vestigios de la verdad. Una mano de obra, como tela arrugada recoge en su palma 8085.32 takas y dos huecos como pozos, en lugar de ojos en la calavera girando 360 grados sobre su eje sin cesar.

**Uma** se despertó y reincorporo su cuerpo. Desorientada, su mirada se sostuvo en un hilo de lana deshilachado que caía de bajo del armario cerrado. Ella, recogió el jersey en cuquillas, y empezó a tirar de él, con el propósito de deshacerlo por completo. Cómo si así, pudiera deshacer el pasado.

Empezó a dar vueltas sobre una noticia que leyó, sobre las palomas mensajeras. Por mucho que las separe de su palomar o de su pareja, son capaces de volver, cruzando todo aquello que se anteponga, seguidas por su instinto, vuelven a encontrarse. Por fin rompió a llorar pidiendo que su madre se hubiera convertido en una gran paloma blanca para así, poderla reconocer algún día. Se levantó, recogió el jersey y lo colocó dentro del armario. A partir de ahora, cuidaría más de dónde provenía la ropa, pero no podía cambiar lo que ya había sucedido.

Un día, por la mañana, mientras **Alisha** cocinaba escucho un ruido del desván de su casa. Sin decir nada y con la sonrisa que la caracterizaba subió las escaleras. Sobre la ventana, una única paloma blanca imponente, joven y estilizada. Voló y se colocó en su hombro. **Uma** dubitativa sobre si su deseo se hubo convertido en realidad, siempre tuvo semillas secas para la locuaz paloma que cada día venía a verla varias veces. **Uma** escribió en su diario:

“He recogido mi maletín de pinturas y voy a dibujar la historia más bonita del mundo, la que ningún dios ni los hombres, fueron capaces de construir...”



## Editorial

## MIRAR EL SOL, QUERER LA LUNA

Dicen que lo mejor es enemigo de lo bueno... aunque nos esforzamos por obtener siempre "lo bueno" y terminamos conformándonos con "lo mejor... que hay". Porque si no hay... los lunes al sol. En el devenir humano, es frecuente la contradicción, el buscar una cosa y desear la contraria; decir algo y hacer otra cosa distinta. Un criterio razonable es saber si lo que haces te da paz... porque somos conscientes de nuestra deriva y ahí están los temores para recordarnos que no todo está bajo control... Siguiendo al oráculo de Delfos y su "conócete a ti mismo", empezamos dicha tarea, que puede llevar toda una vida, sabiendo antes lo que no queremos que lo que queremos. De hecho, la asertividad comienza por decir no...

**Uno está aquí, no se puede ser ecuánime con uno mismo cuando hay tanto en juego pues, además de un lujo, no sería ecuanimidad sino autocomplacencia. El rayo que no cesa... la lucha que no cesa.**

Ha muerto **Carlos Ruiz Zafón**, un merecido hiperventas con "La sombra del viento", (qué dolor me produjo terminar su novela tan bien y gustosamente narrada...) a la temprana edad de cincuenta y cinco años, en tiempos en los que la esperanza de vida se acerca a los 100 años. Mis sentidas condolencias. Dicen los viejos que no hay nada nuevo bajo el sol. El truco es contar lo mismo, pero haciendo la diferencia con tu forma de narrar, de forma que seas a la vez aprehensible, comprensible y novedoso. Porque no puedes ser un friki toda la vida si deseas triunfar, la gente quiere reconocerse en lo que lee y nos generan confianza los espejos.

Mirar el sol. querer la verdad del calor... excepto cuando quema. Querer la Luna, el brillo en la noche, el consuelo en la oscuridad, la certeza de nuestra estrella... algún día sin sombras, tan necesarias a veces. Todo sendero tiene dos veredas, y siempre hay un camino a la derecha. Decía **Neorrabioso**, al que recomiendo leer: "siempre dudando entre salvar el mundo o salvarnos de él". Uno está aquí, no se puede ser ecuánime con uno mismo cuando hay tanto en juego pues, además de un lujo, no sería ecuanimidad sino autocomplacencia. El rayo que no cesa... la lucha que no cesa.

Con seguridad todo el mundo tiene su lucha, y sus intereses en ella, desde los más solventes, acreditados y patrimoniales seres vivos hasta los más solitarios luchadores. Tienes que hacer de tu capa un sayo y estar atento a lo que acontece a tu alrededor... porque si solo miras lo tuyo es evidente que cuanto menos estás mal informado... Ahora, tiempo de sol en el hemisferio Norte, quiero acordarme de lo mucho que debemos al humor... de lo sano que es reírse de uno mismo... Son las pequeñas cosas las que nos permiten sobrevivir y disfrutarlo y contarlo.

Como decíamos cuando empezamos: coge la revista, vete al rincón del parque que sea tu favorito y olvídate, al menos este agosto, de las penurias y el ajetreo. Llévate agua fresca, un sándwich o un bocata, y a tu mascota si la tienes. O la guitarra. Aunque el mundo sea redondo la suma de todos no es igual a cero. Porque estás aquí, y "está padrísimo" que dicen en Méjico lindo y querido. Mirar el sol... querer la luna. No es el tiempo el que se va, somos nosotros.



# Revista de creación literaria y gráfica CAMINANTE

Nº11 febrero 2023

Depósito legal: M-28293-2019 ISSN 2952-1378

Caminante (Madrid) Edición mensual

en papel de 20 ejemplares de 32 páginas

a todo color

Precio: 5 euros Distribución gratuita via email a los 5 continentes, previa solicitud. La Revista

Caminante no se hace responsable de las opiniones y redacciones de los autores que la componen. La participación es libre y no

Remunerada. Los textos e imágenes enviados están sujetos al criterio del editor.



## Cartas al editor

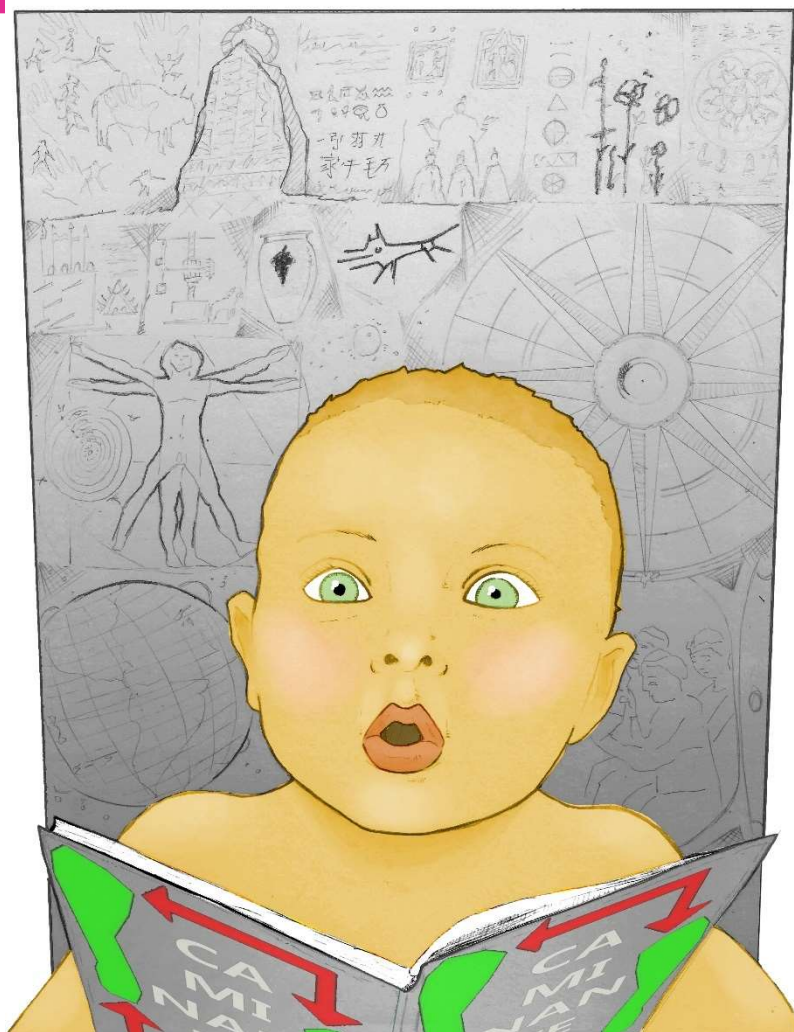
¡¡¡Hola Daniel!!! Soy Jorge, me gustó mucho la presentación de tu libro "Alguien está en el silencio", en el Pub Aleatorio; hubiera estado bien que hubiera ido más gente pero coincidió con un puente.

Le di a una compañera de trabajo que le gusta la poesía un ejemplar, le gustaron tus poemas. Todo lo que sea alentar la cultura y la creatividad es bienvenido, con poemas, con un libro, con una revista.... No hay sitios donde pueda publicar gente anónima que le guste escribir.

Compré en Amazon tu libro de poemas "El cigarro de la cigarra", está dedicado a Gloria Fuertes. Escribes de forma sencilla (algo difícil de adquirir) y tienes tu estilo, tu propia voz, tu canción interior, tu ritmo.

Espero que vaya bien la revista, en este nuevo comienzo del 2023. Gracias por todo, un abrazo.

Jorge



**Ilustración "Docencia" de  
Victor Bartolomé Martín**



**narcisista**

**anna bukowska**

**En tu mente enferma  
De delirios de grandeza  
Te crees grande  
Pero no eres nadie**

**Eres un vampiro  
Y quieres suministro  
Para inflar tu ego  
Pero estás hueco  
Tu dios es Maquiavelo  
El fin justifica los medios**

**Te crees alguien  
No eres nadie  
¿A quién buscas?  
¿A quién anulas?  
¿A quién quieres  
Chupar la sangre?**

**Buscas corazones  
Para sentirte amado  
Halagado, venerado  
Y después  
Lo haces pedazos**

**Narciso es tu nombre  
Maquiavelo es tu mentor  
¿Quién es el espectador?  
Un teatro con un solo actor**

**Finges sentir  
Lo que nunca sentiras  
Pides y no das**

**Narciso te llamas  
Crees ser alguien  
Y no eres nadie**

**Quieres suministro  
Buscas tu dosis  
Estás vacío**

**Tu mente trastornada  
Está distorsionada  
Ves lo que se te antoja  
Lo que solo tú ves  
Nada te importa**

**Tú y solo tú  
Solo un teatro  
Solo engaños**

**Ofreces lo que no das  
Porque no tienes  
Narciso eres**

**Te crees grande  
No eres nadie**

MANUEL FERRERO  
LÓPEZ DEL MORAL

## VOCABULARIO PREVIO:

**Baserri-** Caserío tradicional vasco. Los vascos tienen una forma de poblamiento muy especial que va mucho más allá de la forma arquitectónica de las casas. Es un modo de vida ancestral.

**Versolari-** Poeta recitador e improvisador en Euskadi.

**Basajaun** -Ser mitológico guardián y protector de los bosques de aspecto descomunal, humanoide y peludo. Una especie de Yeti vasco.

**Chapela-** Boina vasca.

En un pueblo de Euskadi, vivía un campesino de azada vieja y baserri de humilde de piedra. Era un hombre callado, sencillo y contemplativo. Para él los días eran como las nubes, siempre parecidos, pero nunca iguales. Disfrutaba asombrado de la colina verde, el arroyo cantor, los cencerros de las vacas y el olor de la hierba recién cortada. Trokas no parece un hombre de grandes aventuras. Dedicarle un cuento sería como pintar el mismo cuadro muchas veces. Solo una persona auténtica vería en cada lienzo los abundantes matices. Sin embargo, el día 1 de junio, empezó la que sería su gran historia: La leyenda del sembrador.

Mientras el hombre miraba el horizonte, los mozalbetes de la aldea, una cerca de lo que hoy es Pagoeta, cuyo nombre nadie recuerda por suceder esta historia en tiempos muy antiguos, tramaban algo. Se morían de risa solo de pensarlo. Era la fiesta del pueblo y en tres días había un gran concurso de versolaris. Querían apuntar a Trokas, a pesar de que no lo habían hablado con él, porque como dijimos antes, era un ser sencillo y de pocas palabras. Los chicos se deleitaban pensando en las estupideces que diría, dando por supuesto que era un ceporro. Pero uno, Andoni, cortó las carcajadas de todos en seco:

—Aunque le apuntemos no acudirá.

El silencio y la pesadumbre se apoderó de los tres zagales. La broma parecía imposible. Hasta que este mismo encontró la solución y una sonrisa malévola impregnó su cara blancuzca y llena de pecas:

—Si se lo pide Amaya, lo hará.

—¿Y por qué razón se lo va a pedir Amaya? —Frunció el ceño Gorka, a la sazón el más bruto de los tres. (No había más que verle la mirada de sapo enfadado).

El tercero en liza, de nombre Lon, callaba como un zorreras, mientras pasaban por su cabeza posibilidades y más posibilidades. Finalmente encontró la manera para algazara general:

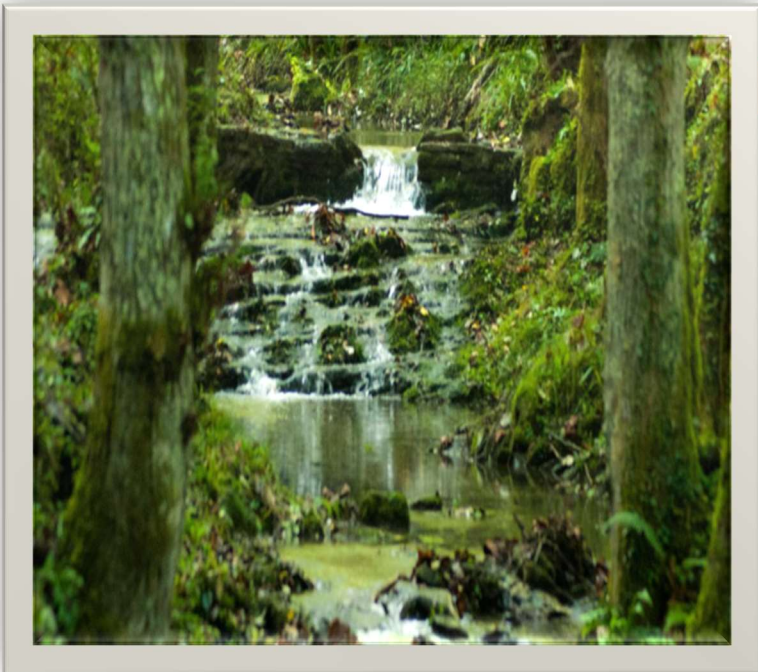
—El premio del concurso es un caballo. Como Amaya tiene a Trokas en un pedestal, será fácil convencerla de que es un lumbreras. Lo que más quiere ella es tener un caballo y a quien más admira en el mundo es a Trokas. Decirle que Trokas es un gran versolari y que ganará para ella el caballo, es pan comido. Se lo creará.

-¿Cómo puede idealizar a ese bobo? Siempre con una manga de camisa más recogida que la otra. Es un despelujado y siempre lleva su chapela manchada con el polvo de los caminos—. Afirmó Gorka indignadísimo.

—Es tan tonta como él ¡Tal para cual! —. Sentenció Andoni.

Amaya tenía razones para querer a Trokas. Tal vez porque siendo muy niña, cuando su padre enfermó, el viejo, se hizo cargo del caserío, hasta que se recuperó de su dolencia. Cuidaba a la vez de su hacienda y de la del otro hombre y, mientras lo hacía, aún le quedaba tiempo para consolar a la niña. —Mira pequeña, ese pájaro es un herrerillo, este árbol pequeño un saúco y cuando veas que las nubes tienen forma de canto rodado recuerda: Cielo empedrado suelo mojado.





Es de entender que Trokas tenía por Amaya debilidad y ella por él. Lon acertó. El campesino no supo decirle que no a la chica. Se pasó los días siguiente nervioso. Él no era poeta. Nunca había hablado en público. Sin embargo, confiaba en encontrar palabras.

—¿Qué rima con problema...? Flema. ¡Ay! Más que flema flemón y más que problema problemón—. Pensaba y repensaba el anciano. Tanto que rompió a reír. Menudo Pío Baroja estaba hecho. Buscó un diccionario para mirar vocablos que le inspiraran. Al leer las definiciones lógicas y precisas, útiles pero aburridas, tuvo una idea:

—No soy poeta, pero soy buen observador. Definiré las cosas por emoción, la sensación que me producen desde el corazón. Así haré mis

poemas. Y de rimas no usaré mucho que se me pone cara de trucho—. De nuevo se sonreía sabedor de su propia ignorancia. Disfrutaba con las estrecheces de su lenguaje.

En el concurso grandes recitadores participaban. Hombres y mujeres con precisión, ingenio y brillo. Cuando le tocó el turno a Trokas. Estaba aterrado. La gente de la aldea estaba intrigadísima. Y entre el público Andoni, Gorka y Lon preparados para hacer mofa. Menudo silencio impresionante:

—Queridos vecinos no soy declamador, pero quiero compartir —... Gorka soltó una carcajada, pero los vecinos le hicieron callar. No resultaban las cosas como los mozos esperaban.

—Quiero compartir mis definiciones poéticas. La luna es el tapón de la bañera del cielo. El ruiseñor, la flauta del buen Dios. La golondrina es el cartero de los enamorados. El agua la sangre de la tierra madre, los ríos arterias o venas y el mar el corazón.

Nadie se reía. El asombro recorría la pradera. Durante 10 minutos la gente se derretía de ternura. Aquel hombre rocoso y robusto escondía la persuasión de la inocencia.

—Nubarrón: algodón de feria casi churruscado. Primavera, vestido de novia que se pone la pradera cuando se casa con el sol, (cada año renueva sus votos: usa de añillo el arco iris y de arras, el polen volador). Y ahora para terminar; caballo, pequeño mar de carne, con melena de olas, que tiene como playa la hierba y en vez de oler a salitre huele a belleza y a libertad. Es de entender que ganara por original el concurso por aclamación del resto de versolaris. Amaya ya tenía su caballo y tres chicos habían aprendido una lección: no subestimar a nadie.

A resultas del concurso, la fama del campesino se hizo grande. Trokas estaba feliz de ver a la chiquilla galopando, pero no llevaba bien que le visitaran desconocidos. Gentes de todo Euskadi venían a pedirle que les dijera sus definiciones. Lo que nadie supo precisar cómo empezó. Tal vez fue el bulo o un mito real, según se mire. Le empezaron a llamar el sembrador de palabras. Corrió la voz de que sus palabras eran curativas e inspiradas. Se oían miles de frases de este estilo: “Yo fui a verle y me dijo —“gris cortina, manteo misterioso, humedad que viste la montaña de gasa vaporosa”, y tres días después se me quitaron las jaquecas para siempre.

—Eso no es nada, a mí me susurró: “Érase una vez un señora estiradita con pelo de punta encrespado que se cubrió de tierra hasta el cuello y se le puso el cuerpo anaranjado" y mi mujer que estaba a las puertas de la muerte se curó y se le mudó la palidez del rostro por un color rosao y vital.

Trokas se quitaba a los pesados soltando definiciones que eran adivinanzas. Hoy definía la niebla, mañana la zanahoria, pasado quién sabe qué, pero de tanto visitarle gente y de tanto traerle regalos para agradecer las curaciones, negocios bien cerrados o avisos de acontecimientos que sucedían encajando con frases que él había dicho, nuestro héroe se convenció de que tenía que aprovechar su dono su casualidad. No estaba seguro de que nadie se curase con sus palabras, más bien serían coincidencias, pero una palabra amable suya podía conmovir y dar paz, alegría o transformación a otros. Lo que el veía era que la gente de condición atravesada, a resultas de sus frases se volvía compasiva y humana. Eso le convenció y en vez de soltar solo frases empezó

a contar cuentos cortos. Miles de cuentos cortos. Cuando se hizo muy viejito, arrugado como una pasa y el pelo color ceniza, llamó a Amaya. Ella ya no era una niña. Era una mujer madura.

—Amaya querida. Me despido de ti, pues mi tiempo se acaba y antes de irme quiero darte unas palabras y ofrecerte un abrazo. Érase un mundo de colorines que cabía en un baserri. Si quieres te hablo de azules. Las ideas son como colores. Las azules son las mejores ideas para mi gusto. Cada cual tiene los suyos —...Respiro unos segundos en silencio—. Te explicaré como despedida los colores del pensamiento: Verde para lo poco maduro, o lleno de espontaneidad, según se mire. Rojo para las fantasías peligrosas, para la alegría de vivir, la calidez, la pasión y las cerezas. Amarillo para las chochees de la vejez, para el vigor del sol, para la luz interior. Azul para las eternidades del alma. Blanco para la pureza y la nieve. Negro para la intimidad y el alma. Blanco para la pureza y la nieve. Negro para la intimidad y el misterio... Pero las mejores ideas para mí, son azules. Recuerdo una muy celeste: Miseria no es lo mismo que mi ser ya. Muy distinto de mí ser ría.

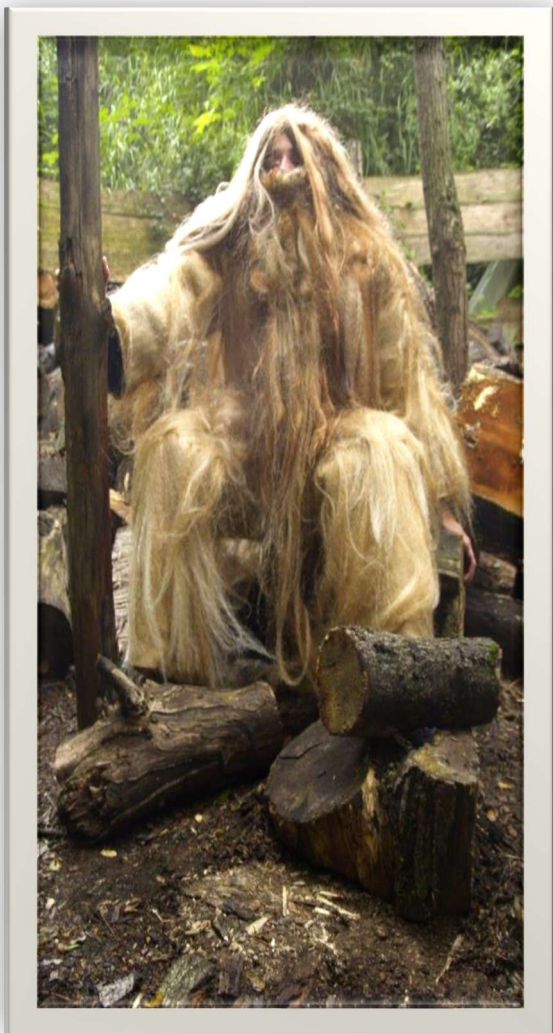
Amaya no paraba de llorar. Se abrazaron conmovidamente. Despedirse no tiene por qué ser duro, porque el sol en sus últimos rayos da los colores más bonitos.

—Antes de irme, quiero ver el valle desde la gran montaña. Ya no puedo llegar solo. ¿Me acompañarías con

tu caballo? Espero que con tu ayuda pueda subirme a lomos de él. Mujer y anciano subieron a la montaña un día de invierno claro y mantillo blanco bajo los pies. Fue ardua la subida, pero muy emotiva. El silencio de los dos amigos y el resoplar del caballo eran uno solo con la serenidad del paisaje. Al llegar a la cumbre el sol calentó y la brisa casi se detuvo, se hizo tibia. Una paz inmensa les iluminó la cara. Amaya bajó al viejo de la cabalgadura. Trokas pronunció entonces sus tres últimas palabras; como un campesino que planta en la huerta. Una se lamo un campesino que planta en la huerta. Una se la dijo al cielo y tras decirle un águila real bajó acogerla, otra se la dijo a la tierra que tras echar raíces se volvió una gran serpiente de luz que serpenteo por las colinas y como un fulgor amoroso volvió las piedras doradas. La tercera se la entregó a Amaya y en ella a todas las personas del mundo. Nada más decirle su cuerpo ajado por la edad se fue haciendo transparente y nació de su corazón una luz violeta, parecida a una llama. De pronto, completamente, se volvió la llama una gran hoguera, que mudó el cuerpo que antaño fue de Trokas al de un inmenso Basajaun. Peludo y sonriente, con miraba amable y salvaje, descomunal, abrazó a Amaya y tras hacerle una reverencia echó a correr por la montaña abajo. El caballo relinchaba asustado, mientras la chica asombrada sujetaba sus riendas y agitaba los brazos en señal de despedida:

—Buena vida nueva Trokas. Ahora cuidarás del bosque.

Al regresar a la aldea nadie creyó la historia de Amaya, cuando ella la contó. Alguno comentó que los sobrinos de Trokas se lo habían llevado a la ciudad, porque ya no se apañaba para estar solo en el campo. Y eso les dio a todos a entender que era un delirio, pero ella sigue mirando al bosque y sabe que se volverán a ver. Solo queda un detalle para acabar la historia. ¿Qué tres palabras sembró? No esperen grandes novedades. Son solo vocablos sencillos. Al cielo dijo: "Horizonte", a la tierra: "Amor" y a los hombres: "Virtud". Te lo avisé. Son solo tres palabras humildes. Lo que importa no es la expresión que se usa, sino decirle con verdad, corazón, intención, ocasión y plenitud.





# LA NOVELA DEL CAMINANTE

**Luis Javier Carro León**  
**“Caminante” (1950-2019)**

Mira: aquel día no tenía ganas de escribir, (para qué negarlo). Estaba atascado en un relato que no acertaba a continuar, así que solté la curiara sabiéndome a ella, pensé en cazar algún cocodrilo.

-¿Eso se come?

- No, pero la piel vale un dinero y si no, se cambia por café, tabaco, municiones o lo que necesites.

- ¿Me estás diciendo que allí no se anda con el dichoso “no llego a fin de mes”?

- Cierito; eso no vale más que para la capital, aunque hay tiendas que también te admitan el trueque lo mismo que entre poblados; pero como te iba diciendo,

remaba tranquilamente por el río, entre la asombrosa vegetación que bordeaba los cauces entre los árboles, que todo ello a veces te impide ver lo que hay más allá de esas líneas, cuando me encuentro de frente con Juancho y su cayuco: A las buenas le saludo; con un “el buen diosito nos las dé, Caminante” que más parece no estar en ello.

- ¿Qué pasa?

- Pues que desde hace dos lunas, no sabemos si ha o han desaparecido a Jesús, pero no se le encuentra por ninguna parte, a pesar de que lo hemos buscado entre todos y estamos preocupados.

- ¿El jaguar?

- Imposible. Él no se come los huesos y ni eso hemos visto.

- ¿Habéis puesto la denuncia en el cuartel?

- Sí, que dimos el aviso; pero somos indios: el caso que nos hacen con ese teniente que ni siquiera es mestizo, ya tú sabes.

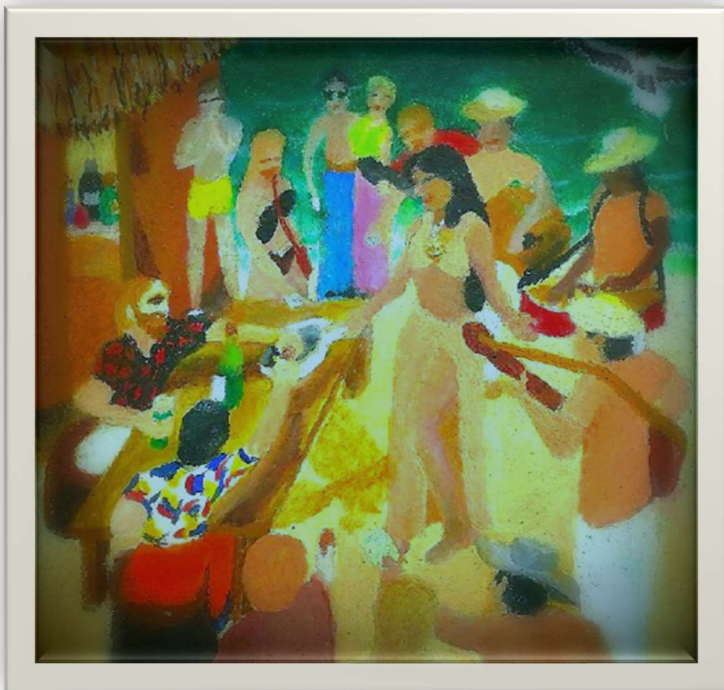
- Espera de la vuelta; volvamos a mi cabaña.
- ¿Es muy rústica?
- Pues no lo sé; pero ya le gustaría a más de uno poder tener algo así, como de troncos al natural devastados por dos lados para que encajen unos contra otros clavados en el suelo por cada esquina, lo que la deja en el aire, con porche y todo.
- ¿Y por qué en alto si se puede saber?
- Pues para evitar visitas desagradables como escorpiones, culebras, en fin; toda esa gente que se cuele sin avisar, porque sabe que tú no la invitarías nunca; aparte de eso y un dormitorio tengo otra habitación para invitados, salón y mi estudio, todo ello cerrado con un buen trenzado de yuca que es la fibra de la palmera tan cerrado, que desde adentro ni te enteras si llueve o no.
- Sí, pero ¿la cocina?
- Esa está en un rincón sobresaliente casi aislado de la cabaña, y con una ventana de arriba abajo para que el calor salga por afuera; pero es algo tan simple, como una losa de piedra plana, pulida por encima, sujeta en los extremos y con piedras por todas partes; pero con un tubo para que salga el humo a la calle: metes la leña por debajo en el hueco, prendes fuego, y cuando se caliente la piedra pones los cacharros, o comes a la plancha: tú eliges; para fregar ya está el río, que tiene más agua que cualquiera de estos grifos. La verdad es que me ayudaron los indios y unas gentes de la capi, que vieron la oportunidad de pasar alguna temporada con la excusa de hacerme una visita de vez en cuando, aunque pasan meses sin aparecer por allí; por lo que quitando cuando subo al poblado, baja alguno de mis amigos indios, no tengo más compañía que Sandi.
- ¿Una mujer?
- No, mi lorito; le llamo así por lo que repetía al principio: sandía; pipas; sandía lorito.
- Bueno pues una vez en mi lujosa mansión, le pregunto lo típico ¿Café? ¿Aguardiente?
- Las dos cosas, porque sé que es lo que vas a hacer tú.
- Y si tuvieras algún ahumerio para rellenar, tampoco me parecería mal.
- ¿Y si se lo chivo también a Nube Blanca, estaría todo al completo ¿No?
- Si, pero con el entierro de quien sabes apreciamos mucho allí; y no es por nada, pero el muerto no iba a ser yo precisamente. Bueno la verdad, es que por una copa ella nunca me ha dicho nada; además a veces me pregunta si no la quiero; sobre todo después de tomarnos algún café, o si me quedo solito un rato por la noche a la luz de las estrellas. Bien, pues una vez servidos, sentémonos y te cuento: ¿Sabes que D. Aristid quiere ampliar su gran finca?
- Si; y que os anda digamos “molestando” para conseguir ampliar su plantación de colza también, y eso que tiene kilómetros plantados; pero es que mi amigo Juancho, esa planta está a la par con el precio del petróleo.
- Pues ya que sabes la mitad, te contaré el final: Jesús es el más preparado de todos, y el que se cerró en no querer ni que vendiéramos el terreno con poblado incluido ni nos marchemos de allí, por lo que a pesar

del acoso que nos hacen sus pistoleros seguimos en las mismas ¿Pensamos talvez tenga algo que ver con la desaparición, para que no tengamos quien nos mantenga unidos y se pueda salir con la suya ¿No te parece? Pero como no nos atrevemos a ir a la plantación a preguntar por el desprecio que como típico del blanquito siente por nosotros, decidimos venir a buscarte a ti, por si quieres echarnos una mano.

- Lo malo es que yo soy otro blanquito ¿No?
- Para él sí; por eso necesitamos tu ayuda, pero para nosotros eres uno de los nuestros y tú lo sabes; por eso ¿qué te parece que hagamos?
- Pues de momento coge una bolsa, abre el baúl y llénala de municiones, la pólvora son esos saquitos, sácame también el winchester, sabes que es de repetición, mientras recojo en el estudio mis papeles, notas que me llevaré y las guardo en la cartera; y de paso también alguna cosilla más. Bueno ya creo no se me olvide nada digo.

Mientras saliendo de la pieza, pregunto: “¿Esta todo listo?” “¡Grijoles!” Machete, otro rifle, dos cananas, cuchillo en bota, revolver ¿No se te olvida el cañón?

- No, ese le monto en el poblado.



- Pero... ¿vamos a la guerra?
- Mucho me temo que sí compadre, está visto que la bestia del capitalismo blanco desde que llegó acá, sólo se mantiene a base de violencia, asesinato y sangre; triste de poder escuela herencia ha dejado, y peor con la que él mismo ha asentado.
- o para poder hacerlo, continúa; pero vámonos, que ya hemos perdido bastante tiempo;
- nos llevaremos la curiara, así que vamos a sujetar en ella las dos canoas, de paso, las echaremos lo que llevamos, ¡ah, se me olvidaba: voy también a por mi máquina de escribir.
- Curiara, cayuco ¿Tú que tenías? ¿Un astillero? ¿O te dedicabas al alquiler de barcas para turistas?
- No, bonita, allí no hay turistas; lo que si hay, es la posibilidad de tener diferentes tipos de navegación según

las necesidades, y porque para pequeñas ya estaban las del poblado; así que llegados a su orilla, la embarrancamos en la arena sacándola a rastras un buen trecho, que no la arrastrara la pleamar, y nos encaminamos al poblado en el que nada más entrar nos tropezamos con la mujer de Juancho y una pregunta, más bien una afirmación: Has venido a ayudarnos ¿A que sí?; Gracias Caminante, ya sabía tu respuesta cuando le dije a mi compañero que fuera en tu busca.



## LOS MINUTOS

JOSE MANUEL HIDALGO

### Melancolía

Noches en vela.

Una cadena de soledad y cigarrillos.

El corazón convertido  
en un inmenso grito de sangre.

La lagrima que emborriona la palabra felicidad  
escrita sobre mi piel.

Y esa luz que se vuelve luna afónica  
apagándose lentamente en la interminable soledad  
de mi habitación.

Dentro de esas cuatro paredes no cabe otra cosa  
que el triste latido de mi corazón.

Y mi alma transita sonámbula  
entre los acordes tristes  
de mi agónica guitarra.

Cuyas cuerdas vibran temblorosas  
al recordar el eco de tu voz.

Sumergida en mi propio mar simbólico e invisible  
soy como ese pequeño fuego,  
que se apaga lentamente  
en medio de una burbuja emocional.

Un suspiro largo y punzante  
que atraviesa como una daga invisible  
los bosques oscuros  
en donde mi espíritu se pierde entre mis recuerdos  
y mi futuro.

## Débora Pol

Que pequeños son los minutos, deseando  
hacerlos crecer por mi futuro.  
almacenados, embellecen cualquier reloj  
aburrido en un escaparate de relojería.  
Y esperan, esperan con toda la paciencia del  
mundo,  
por estar sometidos a su propia esclavitud.  
Mecidos por las aguas del presente  
hacen stop en los instantes.  
Jugueteros que se burlan de ellos, como,  
si de un teatro de guiñoles se tratara.  
Ya me acuerdo, son cuerdos como la razón  
valiente, que no se somete a la psiquiatría  
surrealista de un diván adormecido y soñoliento.  
Aun pequeños se hacen inmensamente grandes  
Protagonizando el tiempo, que sin colores  
corre por el Arco iris sin un final  
de olla vacía en los reflejos de la imaginación.

Quando se hacen pasivos, apoyados  
en el rincón de mi habitación, los amenazo,  
irritable, los achucho los cuartos de hora  
que no son flexibles en sus ademanes rutinarios,  
para que perplejos,  
den vueltas por la esfera de la nada, así, noten  
la falta de aire en su grandeza  
se miren al espejo, viéndose como siempre  
en su pequeñez imprescindible





# TMU

**OS RELATO UNAS BREVES PINCELAS DE MI INFANCIA, QUE TRANSCURRIÓ FRENTE A LA FÁBRICA DONDE SE PRODUCÍAN LOS CAMIONES TMU.**

**Nací en los 60, en la Policlínica San Antonio, calle Pérez Galdós. Viví hasta los 17 años en la calle General Eguía, en la manzana adyacente. Ambas eran paralelas, y por estas dos calles bilbaínas se accedía a Talleres Tomás Mintegui Urigüen quien, además de ser Taller Oficial de Ford, construía los camiones TMU.**

**Mi infancia es un montón de ruido de los talleres que había debajo de mi casa, una habitación desordenada, canciones de AC/DC e ideas que el tiempo ha conseguido aplacar...o no.**

**Hoy busco aquel ruido de mi infancia en silenciosas estancias...**

## Joaquín Casís

### Poema en acción

**A mí me gusta la poesía, dame más poesía.**

**¡A mí me gusta la poesía, dame más poesía!**

**¡¡A mí me gusta la poesía, dame más poesía!!**

**;;;Radio corazón;;;**

**Sintonízate:  
el silencio habla,**

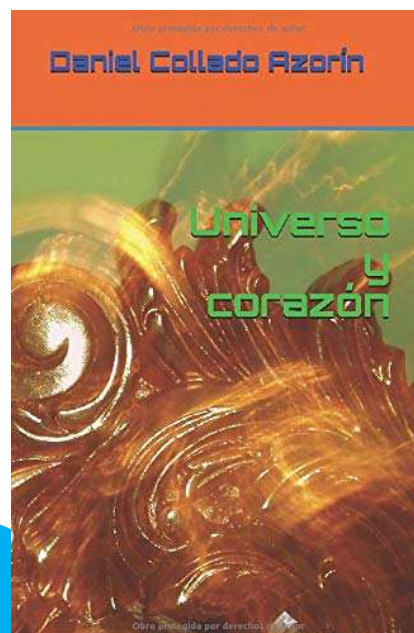
**las palabras callan.  
Sintonízate:  
aquí Radio Corazón,**

**está contigo  
donde estás tú,  
donde quiera que vayas.**

**¡¡A mí me gusta la poesía, dame más poesía!!**

**¡A mí me gusta la poesía, dame más poesía!**

**A mí me gusta la poesía, dame más poesía.**



**Daniel  
Collado**

**poema  
extraído del  
poemario  
Universe  
y corazón  
(2016)**

# EL CÍRCULO

Iván Ávila Nieto

El caso es que allí fui,  
tan magníficamente  
acompañado, y me  
encontré con el  
manuscrito

Recuerdo que fue un día del mes de shawar del año 1758 cuando mi profesora de kardiano clásico, Silvina Meyers, me invitó a visitar la Biblioteca de la Universidad, cuyo acceso estaba restringido a todo aquel que no fuera profesor o investigador titulado en estudios superiores en la Universidad de Tassum, aquí, en la capital de Frysia. El hecho de estar ese día, en aquel lugar, era una excepción y un auténtico lujo, un regalo de aquella mujer enigmática y escultural que enseñaba kardiano clásico. No es que yo fuera un estudiante modélico, ni siquiera el más aplicado y con las mejores calificaciones, pero sí era el más curioso e intrépido y tal vez por eso me eligió a mí. Aún hoy pienso, y estoy convencido, que invitarme a aquella fantástica biblioteca para consultar un herbario de época ubaldiana de más de 500 años de antigüedad no fue un capricho al azar. Ahora tal vez lo entienda así; en aquel momento no llegué siquiera a sospecharlo.

El caso es que allí fui, tan magníficamente acompañado, y me encontré con el manuscrito que viene a ser el motivo por el cual escribo esta historia. Dicho manuscrito - apenas tres hojas que habían quedado en blanco al final de la encuadernación original en la que estaba redactado el herbario - estaban escritas en un fryσιο moderno, lo cual me llamó la atención. En un primer momento, creí que se trataba de una anotación que habría hecho algún profesor o investigador en esas últimas páginas en blanco, pero luego pensé que ninguna de las personas que tuviera acceso al libro, ni a la biblioteca, sería capaz de cometer semejante acto, para ellos, seguro que una verdadera atrocidad. Pero es que aquel texto contaba una historia realmente increíble. ¿Quién podía haber escrito aquello? Al leerlo por segunda vez, el tiempo justo para retener casi todo su contenido, la profesora Meyers me dijo que había llegado la hora de marcharnos de allí. Silvina Meyers era ese tipo de persona que cada vez que hablaba parecía conferir a cada frase un doble sentido, como una insinuación sin serlo, por la forma en que se expresaba, gesticulaba y modulaba la voz. La verdad es que todo en ella rezumaba sensualidad. Estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta, pero no los aparentaba si no la mirabas con detalle. Era alta, morena, con el pelo largo y liso y unas gafas de cristales redondos que le daban un toque intelectual muy característico. A veces parecía más una alumna que una profesora.

- ¿Te ha sido provechosa la visita? - me preguntó echando una mirada al herbario que aún tenía en las manos.

-Sí, muchísimas gracias. - le contesté. Dejé el libro en la estantería, en el lugar exacto en el que lo había cogido y salimos del recinto en silencio.

Aquella misma noche, en la soledad de mi habitación estudiantil, seguía recordando el desconcertante mensaje de aquel manuscrito. En aquellas líneas, un supuesto monje del monasterio de Sholappa, afirmaba ser en realidad un viajero en el tiempo que había escrito de forma concisa su extraordinaria peripecia, pues sólo había hallado esas tres hojas en blanco en todo el monasterio para dejar constancia de ella. Esta persona, el autor del texto, afirmaba haber nacido en el año 1737 de la era ubaldiana, pero que por un extraño suceso se había visto transportado al año 1175, es decir, más de 500 años atrás en el tiempo. Parecía una burla, algo insólito, imposible diría yo, de no ser por el hecho de estar escrito en un fryσιο actual en un



libro de hace casi 600 años, toda una reliquia de la Biblioteca de la Universidad de Tassum. Tenía que ser una broma macabra o la fechoría de algún profesor o investigador resentido; no se le podía dar otra explicación. ¿Cómo dar credibilidad a algo así, a un tipo que había nacido hacía tan sólo veinte años, que decía haber viajado en el tiempo hacia el pasado y que dejó constancia de ello de la única forma que pudo? De hecho, de ser así, ese tipo tendría que estar por ahí, en las calles de Fryisia, en aquellos días, sin saber siquiera qué le deparaba el futuro más inmediato, que no era otra cosa que un viaje al pasado.

Así pues con lo que recordaba haber leído - realmente retenía casi toda la información relevante del manuscrito - comencé a buscar a aquel estudiante de Historia del Arte que decía haber nacido veintidós años atrás y que en aquel presente año viajaría en el tiempo más de quinientos años al pasado. Recorrí la Facultad de Filosofía y Letras de arriba abajo, leyendo los listados de alumnos de cada clase, hasta que en un aula de tercero de Historia del Arte encontré el nombre del susodicho. Iba a comenzar una clase de Heráldica Fryisia cuando una compañera del autor del manuscrito me señaló a la persona por la cual había preguntado. La chica, sin ser delgada, tenía una armonía de formas perfecta, como una venus varnia moderna; la sonrisa le agradecía aún más si cabía un rostro pecoso digno de una actriz eridana de los años cincuenta.

Aquella hora escasa  
se me hizo eterna.  
Cuando por fin sonó  
el timbre, me  
levanté aliviado de  
un banco contiguo a  
la puerta del aula

-Ese es Thomas Schurter - me dijo.

Me acerqué hasta él algo nervioso, la verdad, pues no sabía muy bien cómo presentarme y explicarle la circunstancia tan curiosa que de alguna manera nos concernía a ambos. ¿Cómo se tomaría lo que le iba a contar? Seguro que no muy en serio. Sin duda me tomaría por un chiflado.

-¿Thomas Schurter? - le pregunté a modo de torpe presentación, extendiéndole mi mano derecha. - Soy Ivo Dávila, estudiante de Filología Fryisia, aquí, en la Universidad de Tassum.

-Ah, encantado.- me correspondió con una sonrisa, estrechándome la mano que le había tendido. - Tú dirás.

-Pues... - titubeé. - El caso es que es algo complicado de contar, así que si me aceptas que te invite a un café después de la clase te

comento detalladamente el asunto.

-Me estás asustando. - dijo sonriendo de nuevo a modo de broma.

-No, no temas, no es nada malo, ni escabroso, pero sí extraño; en serio, luego te cuento.

-Perfecto, hasta luego entonces. - se dio media vuelta y se introdujo en el aula regalándome una tercera y magnífica sonrisa.

Aquella hora escasa se me hizo eterna. Cuando por fin sonó el timbre, me levanté aliviado de un banco contiguo a la puerta del aula y esperé a que Thomas Schurter saliera de ella. Entonces, nos fuimos a la cafetería del propio edificio de la Universidad y una vez sentados en una mesa, frente a frente, separados por dos humeantes tazas de café, comencé a hablar.

-Sé que no nos conocemos de nada, pero de alguna forma yo a ti sí; me explico: hace unas semanas, mi profesora de kardiano clásico me invitó a entrar con ella como visitante a la Biblioteca de la Universidad, con la excusa de encontrar un herbario de época ubaldiana al que echar un vistazo y traducir. Pues bien, en uno de ellos, que encontré por casualidad, había escrito en las tres últimas hojas un texto que parecía mucho más moderno, que no correspondía con el resto del libro.

De hecho, estaba escrito en fryσιο moderno, yo diría que actual. A lo que voy y esto es lo más increíble del asunto, es que el autor del texto afirmaba ser un estudiante de la Universidad de Tassum que había sido transportado a la época ubaldiana al entrar en la cripta del monasterio de Sholappa, donde fue escrito y encontrado el libro en cuestión, antes de ser llevado a la Biblioteca, tras la inminente ruina del edificio religioso, abandonado hoy en día. - Thomas Schutter escuchaba atónito, seguramente sin entender aún hasta dónde pretendía llegar con mi efusiva perorata. - El caso es que el autor del texto afirmaba haber nacido en el año 1737, o sea, hace veintiún años y ser natural de Tassum. Y aquí es donde viene lo más increíble, ¿decía llamarse Thomas Schurter!

Fue entonces cuando el rictus atento y serio de mi interlocutor cambió, mostrando una mueca escéptica, a medio camino entre una sonrisa y un gesto mohíno. En un principio no dijo nada, se quedó absolutamente callado.

-Lo sé, lo sé, - me apresuré a decir. - pensarás que te estoy tomando el pelo, que todo esto es una broma y lo peor de todo es que no puedo demostrártelo, porque el libro está en la Biblioteca y no puedo acceder de nuevo a él, pero te aseguro que es así, que es cierto todo lo que te digo. De hecho, al principio, pensé que era una fechoría de algún profesor o investigador, incluso de algún otro alumno que se hubiera podido colar en la Biblioteca y ultrajar el libro de esa manera. Si tú me confirmas que eres el autor de esas letras me quedaré en parte más tranquilo. Si fue una trastada tuya, no diré nada a nadie, te lo prometo. Es mucho más fácil de creer que sea así a que vayas a viajar en el tiempo para escribir esas palabras.

Dejé de hablar atolondradamente, como lo estaba haciendo. Sentía que estaba haciendo un ridículo espantoso. Entonces, Thomas Schurter rompió el silencio.

-Es la broma más original o la forma más retorcida de ligar que he visto, pero te aviso que soy *hetero*. Si es una broma, es rebuscada y graciosa; no sé quién te habrá pedido que me la hagas. Si no es así, por supuesto que nunca he tenido acceso a la Biblioteca, pues soy un simple estudiante de segundo curso y no he tenido oportunidad de hacer nada de lo que me comentas. Es más, jamás se me ocurriría destrozar una joya arqueológica como ésa, iría en contra de mis principios como persona y como estudiante de arte, así que siento haberte hecho perder el tiempo y que me lo hayas hecho perder a mí. Es una buena historia, muy curiosa, pero realmente increíble; tiene su gracia, pero lo siento. - entonces Thomas Schurter se levantó y se marchó.

Salió de la cafetería dejándome solo y con cara de tonto, consternado; al fin y al cabo era algo lógico y, en el fondo, esperado. ¿Qué diría cualquiera en su lugar, cuando le exponen algo así, sin pruebas? Sin duda lo mismo que él. Tenía que conseguir el libro para demostrarlo y sólo había un camino para hacerlo y ése era hablar con ella, con la profesora Meyers.

Primero la busqué en su despacho de la Universidad, pero no estaba. Una becaria del Departamento, a la que conocía de vista - por coincidir con ella en alguna que otra asignatura - me dijo que vivía en el Edificio Proa, en una urbanización de las afueras de Tassum, una construcción famosa por su forma de barco. Recuerdo que llovía. Muy en contra de mi voluntad y mi costumbre, me vi obligado a coger el autobús urbano para llegar hasta la urbanización de *Parque Alameda*. Una vez allí, busqué su nombre en los buzones de los portales, hasta que di con ella.

Llamé al timbre del telefonillo y me abrió sin responder. Entonces subí y golpeé la puerta de su apartamento con los nudillos. Me abrió. Se sorprendió al verme en el dintel de la puerta, calado hasta los huesos por la lluvia. Sin duda esperaba a otra persona. Llevaba puesta una bata de seda de color rosa pálido y debajo de ésta, se intuían los tirantes de un camión negro de encaje. Me invitó a pasar para que al menos tuviera la oportunidad de secarme. Me acompañó hasta el baño y me dio una toalla con la que me sequé el pelo. También me ofreció ropa de hombre que extrajo del armario de su habitación para que la cambiase por la mía, que estaba empapada. Al salir del baño, sin más preámbulo, le pedí, casi le rogué, que me dejase entrar otra vez en la Biblioteca de la Universidad, que me permitiese acompañarla de nuevo a aquel epicentro del saber fryσιο, pues en uno de los herbarios que me mandó buscar había unas páginas muy extrañas que parecían estar escritas mucho después que el resto del texto y con el que no tenían relación alguna; en ellas, el autor decía haber llegado del futuro y que dejó constancia de ello en esas tres últimas páginas en blanco que encontró en aquel herbario del monasterio de Sholappa. Lo realmente sorprendente era que el supuesto autor no era más que un muchacho de la Universidad, que decía no saber nada al respecto o al menos eso afirmaba.

Llamé al timbre del telefonillo y me abrió sin responder. Entonces subí y golpeé la puerta de su apartamento con los nudillos. Me abrió.

- Una historia realmente extraña... Difícil de creer, la verdad.- dijo tras escucharme con atención. - Tal vez sea una mera casualidad, una coincidencia, que se llame igual que el autor del texto del que me hablas. Es un nombre muy común y las fechas...- parecía elucubrar mirando al techo. - Que haya nacido en la misma época y año que afirma el autor del texto y asegurar que dentro de poco va a viajar al pasado, aunque no concrete el día... Sin duda se trata de una broma, una rebuscada gamberrada de un crío que no sé cómo diablos ha tenido acceso al libro y ahora dice no saber nada. Claro, si no, no tendría ninguna gracia y debería atenerse a las consecuencias de su acto vandálico.

- Y ¿no habrá podido ser usted quien le dejase entrar para hacerlo y luego me llevó a mí precisamente a buscar un herbario de época ubaldiana para que lo descubriese, como si de un juego se tratase? Es demasiada coincidencia, ¿no cree?

- Ay, muchacho, me sorprendes con tu imaginación y aunque así fuera ya has encontrado al supuesto autor, ¿no? Pues ya se terminó el juego.

- No. Habría que ir al monasterio de Sholappa para comprobar si es cierto lo que dice el texto.

- Ah, sí, claro. - se rio esta vez a carcajadas.- Sí, si, por supuesto, id al monasterio.

- El caso es que él no quiere. - dije obviando la ironía. - O es un actor fantástico y un bromista excepcional o realmente me tomó a mí por lo mismo y además, por loco.

- Ofrécele algo por ello que no pueda rechazar.

- No se qué ofrecerle, no tengo dinero.

- Entonces tendrás que pensar otra cosa, muchacho. - enarcó las cejas y se fue al baño. Volvió a los pocos segundos con mi ropa. - Tu ropa ya está seca. - me la ofreció. - ¿De veras no te apetece quedarte un rato

charlando? Te pondré una copa. Esta claro que mi cita se retrasa. Tenía un cita, ¿sabes?

- Muchas gracias, pero me tengo que ir. Tal vez su cita se retrase pero llegue finalmente...

- Hasta mañana entonces.- se despidió encogiendo los hombros.

- Si, hasta mañana.

Aún hoy me arrepiento de no haber aceptado su invitación. Estaba tan absorbido, era tal la obsesión que tenía por aquella historia, que no podía pensar en otra cosa que no fuera en el manuscrito y lo que de él pude colegir cuando lo leí.

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, acudí a la Universidad y busqué de nuevo a Thomas Schutter. Lo encontré y volví a hablar con él para intentar persuadirle de que fuese conmigo al monasterio de Sholappa, el lugar en el que su futuro yo afirmaba haber desaparecido por el portal del tiempo que allí parecía encontrarse.

Yo estaba obsesionado por comprobar que aquello no podía ser una mera casualidad. Le ofrecí una generosa cantidad de kopins a cambio, kopins que por supuesto no tenía, si accedía a ir conmigo al monasterio. Le insistí e insistí. Al final, mi vehemencia en el caso le convenció, aunque también jugó un papel determinante Georgina, la novia del propio Thomas. Atraída por la idea del dinero fácil,

convenció a su novio de que no perdía nada por embarcarse en aquella estafalaria aventura, ya que yo corría con los gastos de transporte y comida en el viaje al monasterio de Sholappa. Georgina era la típica chica nacida en un barrio humilde, atenta siempre a cualquier oportunidad que la posibilitara medrar en la vida, que suplía las carencias de su modesto físico con inteligencia y perseverancia.

Una vez de acuerdo los tres, nos dirigimos a la estación de autobuses de Tassum para subirnos al primer autobús con dirección a Sholappa. Recuerdo que durante el trayecto, Georgina hizo un par de bromas sin gracia para romper el mutismo imperante, a las que Thomas respondió riendo sin muchas ganas; de hecho, pareció aliviado cuando llegamos a nuestro destino.

Me alegré de que la codicia de Georgina hubiese terminado por convencer a Thomas para que aceptase mi oferta. Hubiese hecho cualquier cosa por llevarle hasta allí, por comprobar la veracidad del texto, de aquella extraordinaria

El conjunto arquitectónico, que encontramos a un kilómetro escaso de la parada de bus, apenas conservaba los muros laterales de la nave central y un par de lienzos de la torre principal del templo; aún así, su estampa era imponente, majestuosa, revestida de un extraño halo de misterio y temor que generaba escalofríos, a pesar de hallarnos en pleno día. Me alegré de que la codicia de Georgina hubiese terminado por convencer a Thomas para que aceptase mi oferta. Hubiese hecho cualquier cosa por llevarle hasta allí, por comprobar la veracidad del texto, de aquella extraordinaria e insólita historia que contaba. Le hubiera puesto una pistola en el pecho si hubiese sido necesario.

**Le dio un escueto beso a Georgina y giró sobre sus pasos en dirección hacia la abertura. Sonriente e incrédulo, sin pensarlo dos veces,**

Una vez situados entre las ruinas, bajamos hasta la cripta que se abría tras los restos del altar mayor del templo, donde apenas llegaba la luz del Sol. Se trataba realmente de un corredor de unos cuantos metros de ancho, flanqueado por varios sepulcros de mármol a cada cual más recargado de adornos y filigranas. Al fondo del pasaje, se vislumbraba una estrecha puerta, por la que difícilmente podría pasar alguien corpulento.

- Tiene que ser ésa. – le señalé.

- Está bien, entraré. – me dijo Thomas. - Te he seguido hasta aquí el juego, pero cuando salga quiero mi dinero y nos olvidamos de esto. – me contestó contrariado.

- De acuerdo, así lo haré. – le respondí a sabiendas de que no podría

hacer efectiva la promesa.

Le dio un escueto beso a Georgina y giró sobre sus pasos en dirección hacia la abertura. Sonriente e incrédulo, sin pensarlo dos veces, Thomas Schurter se adentró en la rendija oscura de la pared y desapareció. Era su destino, sin duda escrito en el tiempo, como no podía ser de otra manera. Todo: cada gesto, cada palabra, cada acto que realizamos, está ya predeterminado y nos conduce hacia donde debemos caminar, sentir y vivir. Aquel muchacho *volvería* al año 1175 y viviría allí, en el pasado, el resto de sus días, y escribiría en las tres últimas hojas en blanco de un herbario de la biblioteca del monasterio su increíble historia, para que yo la descubriese siglos después y tuviera que buscarle, porque tan sólo así, el círculo estaría cerrado.

Al día siguiente fue la profesora Meyers la que acudió a mí. Me buscó por toda la Universidad hasta que me encontró en clase de Heráldica Ubaldiana.

-Enhorabuena, conseguiste tu propósito. – me dijo con una sonrisa de las suyas. Una frase totalmente catártica para mí.

- Lo sabía, usted lo sabía desde el principio, estaba convencido de ello.

-Tal vez.

- Y ¿por qué no me dijo nada?

-Supongo que porque no hubieras hecho lo que tenías que hacer. – dijo borrando la sonrisa de su rostro. - Yo conocía el manuscrito desde hacía muchos años y necesitaba una persona joven, emprendedora, vehemente, para llevar a cabo el cometido de convencer a Thomas Schurter.

-Pero hubiese hecho lo mismo de todas maneras. Estaba escrito.

-Puede que así fuera. Que todo estuviera ya escrito y nosotros simplemente hemos actuado como estaba previsto que lo hiciéramos. El caso es que cerramos el círculo.

-Tan sólo nos quedó una cosa por hacer...– insinué yo envalentonado.

-Ay, muchacho, perdiste tu oportunidad. Me temo que esa historia quedará abierta para siempre. – volvió a sonreír como sólo ella sabía hacerlo y abandonó el aula, dejándome con una solemne cara de tonto.



# Luna

“Está popularizándose una nueva forma de suicidio, las personas hacen un viaje a la estratosfera, ahí se desprenden de la nave en la que viajan en un traje de astronauta. La mayoría espera a que se acabe el oxígeno, y en el último instante desacoplaban el casco”.

Eso estaba viendo Jerry en su computadora cuando Johana, su asistente, entró.

—¿Vas a viajar a Marte? —Preguntó Johana.

—No lo tengo planeado, hay asuntos en la Luna que debería atender primero.

—Sabes que la junta de accionistas solicita que te presentes a atender las fábricas. La producción de Titanio ha bajado.

—Los accionistas no entienden que lo más importante para la empresa es obtener el contrato para la fabricación de los nuevos módulos lunares.

—Te sustituirán a menos que aumentes la producción. Nunca has sido de su agrado. Y sabes que si no lo han hecho es porque no han podido, pero han estado esperando su oportunidad. Dicen que estás demasiado viejo para ocupar el puesto, que deberías de haberte retirado hace años. Algunos socios te culpan por no haber entrenado a un sucesor. Eres la cara de la compañía, ¿Qué pasará en el momento en el que nuestros clientes sepan que ya no estás? ¿Lo has pensado?

—Sí, lo he hecho. Hubo un tiempo en el que busqué a alguien que pudiera sustituirme. Ya te lo había comentado, pero no encontré al adecuado.

—Descartaste uno a uno. Seguro que la compañía va hundirse a penas te retires. Y los accionistas designarán al inepto de Morgan.

Jerry siguió con su rutina, tenía que revisar los informes trimestrales, tal como lo había pensado, las utilidades habían bajado y la producción también. Debía hacer ese viaje a Marte, por más que no lo deseara.

—Seguro es la planta, necesita renovarse, el equipo tiene cerca de una década—Pensó.

Jerry le dijo a Johana que hiciera una cita con los desarrolladores lunares, que iría a conversar con los directivos.

La nave en la que viajó Jerry estaba propulsada por fusión nuclear, una tecnología que la humanidad había desarrollado en las últimas décadas. El combustible ya no era un problema. En un principio se usó para alimentar a las ciudades, pero ahora ya estaba presente en las naves espaciales. La contaminación había desaparecido y la sobrepoblación pasó a ser un problema del pasado, una vez que las colonias espaciales se desarrollaron. Existían en la Luna y Marte, por el momento, pero los exploradores estaban buscando lugares habitables fuera del sistema solar.

Al despegar Jerry sintió la aceleración inicial de la nave, en lo que abandonaba la atmosfera terrestre. Ya en el espacio se desabrochó de su asiento, se quedó flotando viendo a través del visor el espacio exterior. Pudo distinguir los continentes, los océanos y las nubes que los cubrían. La cantidad de viajeros eran pocos, al fondo de la nave se veía un ataúd. Jerry sabía por las noticias que había visto hace poco que era una persona que solicitó que su cadáver quedara en el espacio. Lo pensó por un momento, en el espacio su cuerpo estaría por siempre flotando, en la inmensidad. El tiempo pasaría y no se corrompería en el ambiente libre de oxígeno. Lejos de la tierra, de cualquier persona o cosa con la que hubiera estado familiarizado.

Ya en la Luna un vehículo lo esperaba, la mayor parte no estaba habitada, funcionaba como estación espacial en la que los viajeros que iban a Marte o más lejos cargaban recursos o equipo. La mayoría de las personas se quedaban poco tiempo mientras transbordaban para otro viaje. Los módulos espaciales eran el corazón de la civilización, sin ellos vivir fuera de la Tierra hubiera sido imposible. El material principal con el que estaban contruidos era el fuerte y ligero titanio que Jerry quería seguir suministrado. Sabía que le sería imposible con la producción que tenía actualmente. Era información que todavía no salía al público. Tenía que conseguir ese contrato, era la forma de tener los fondos para aumentar las extracciones. Jerry llegó a la junta en la que lo esperaban los ejecutivos de la Dirección de Desarrollo Lunar.

**En el hotel donde se hospedaba Jerry había un anuncio: “Sea parte de las estrellas”**

—Queremos ampliar la construcción de módulos en la sección J. Hasta ahorita has sido nuestro proveedor. Renovaremos el contrato si nos aumentas el suministro que hasta ahora nos has abastecido. Sin embargo, no nos es posible seguir pagando los mismos precios, pedimos que nos bajes la tarifa diez por ciento.

—No es posible, el precio al que se los he vendido todo este tiempo es menor al que ofrece la competencia. No tendría utilidades de esa forma.

—Tenemos otra oferta que nos ofrece un precio más bajo, pero antes de considerarla, queríamos darte la oportunidad de que nos presentaras tu opción.

Jerry tuvo que rechazar el contrato, no le sería posible suministrar a la Luna con esos precios. A pesar de los recortes que hiciera sabía que no prosperaría. Aún tenía que renovar el equipo en Marte, su principal contratista había rescindido su contrato. Los accionistas habían encontrado la excusa perfecta para proclamar la salida de Jerry. Él había estado desde la fundación de la empresa, y ahora enfrentaba más dificultades que en el resto de su trayectoria. No se hundiría, al menos mientras Jerry estuviera a la cabeza. Pero ya no sería así. Tardarían un tiempo en recuperar un cliente como el de la Luna, pero Marte estaba progresando y una nueva colonia en Titan parecía prometedora. La primera generación de colonos había llegado y estaban por mandar más.

En el hotel donde se hospedaba Jerry había un anuncio: “Sea parte de las estrellas” Ese era el eslogan con el que la compañía funeraria publicitaba sus servicios. Tenían la opción de muerte anticipada, en la que algunas personas, la mayoría desahuciados, pedían quitarse el casco en el vacío del espacio.

Jerry se acercó al anuncio, contempló la foto que lo acompañaba, y decidió que ese sería su final. Sin él su empresa se iría a la quiebra, no le importaba más. No tenía familia, lo más cercano era su asistente personal Johana, al menos ella le llamaba a diario para discutir los pendientes.

En el viaje a la estratosfera recordó lo que había desayunado esa mañana. Quería recordar algo que le pareciera importante, que mereciera dedicarle los últimos momentos de su existencia. Pensó en sus padres, en algunos de los amores que había tenido a lo largo de su vida, pero su mente se desvió poco a poco a los momentos que pasó en la empresa, en los éxitos que había tenido a lo largo de su carrera y en las oportunidades que perdió.

Se colocó el traje, su mente aún divagaba en si realmente el sucesor haría un buen papel al mando. Salió por la escotilla de la nave, espero a que el oxígeno se acabara lentamente. En su visor una última imagen de la luna; redonda, inmensa, blanca como una perla. Justo después se quitaría el casco y sus restos serían arrastrados por las ondas gravitacionales entre un planeta y otro.

**Carlos Eduardo  
Guedea Guerrero**

Si no te tengo de sueño,  
si no te encuentro te siento.  
Mil cuentos vividos en tu reino,  
tierra de victorias y lamento.

Plazas empedradas ven pasar  
los siglos,  
Épocas de bonanza y desatino,  
Pero siempre majestuosa y  
nuestro orgullo desmedido ...  
iii Pulcra Leonina de mi delirio!!!

Reyes y reinas coronaron sus  
primeras cortes  
Y los romanos de Lancia  
edificaron las primeras torres.  
El mismo Gaudí, prendado, su  
sello dejó plasmado.  
Oh mi Leon, cuánto nos has  
dado!!!!

Pili Da Silva

# Aprendimos

Aprendimos a caminar juntos por las aulas;  
 a pensar para cada prueba;  
 aprendimos a levantarnos cada mañana  
 con la ilusión de llegar a final de un año más.  
 Aprendimos a correr para no llegar tarde.  
 Año tras año, como si el tiempo no pasara,  
 casi sin pensar que este día por fin llegaría.

Pero llegó...

Hoy aprendemos a volar juntos,  
 pero esta vez cada uno por su lado  
 En busca de su propio destino  
 ¡Salute, egresados 2022!

## Yo soy

## El tapón del Darién

En lo profundo de la selva panameña crece una flor maldita,  
 que se alimenta del sufrimiento de los migrantes que intentan atravesarla.  
 Cobra vida en el instante en que ellos transcurren la agonía.  
 Murmura "¡Bésame! Libérate de la sed y del dolor  
 con mi embriagador " *beso de novia*".  
 Cuando las tribus de esas tierras dan  
 con estas flores las rasan a puro machetazo  
 haciendo caso omiso a su belleza.  
 Y con la sabiduría de no creer en las falsas  
 promesas de esta flor llamada " *labios de mujer*".

M<sup>a</sup> José Pérez  
 Lugones





# Aislamiento

Podría creer en la prensa  
sin Fake News  
Podría creer en la radio  
sin payola  
Podría creer en la televisión  
sin propaganda  
Podría creer en el cine  
sin trailers  
Podría creer en la web  
sin contraseñas  
Podría creer en el arte  
sin entradas  
Podría creer en la muerte  
sin reencarnación  
Podría creer en Dios  
sin diezmo  
Podría creer en el socialismo  
sin patriarcado

Podría creer en ti  
si despertaras.



*Julie Hermoso*



**DOBLADO ESTÁ POR EL TIEMPO**

(Ángel Justo Cámara Jiménez)

En el atrio de los sueños  
no sé si podrá soñar,  
este "olivarcito" eterno  
sangre que brota a raudal.

Un silencio pavoroso  
casi sin poder andar,  
anclado está el "olivillo"  
¡Quién sabe si llorará!...

Como escultura de oro,  
ondulado entre las lomas,  
con los pies casi desnudos  
y estrangulada su sombra.

Su actitud es de reposo,  
de bella expresividad,  
el tiempo le ha dado todo:  
agua, viento y soledad...

# EL HOMBRE DE HIELO

José Luis  
Jiménez  
Cara

Agarra bien fuerte la piqueta, cojudo, me decía don Bartolomé, que con este frío los dedos se ponen bien duros y, si se te escapa, te puede sacar un pedazo, me sabía decir. Don Bartolomé era un hombre muy querido en el pueblo por su carácter jovial y amigable. Pero allá arriba, en la mina, se convertía en otra persona. Tenemos que ser muy respetuosos con el Cerro porque esta no es nuestra tierra. Ni siquiera somos invitados. Acá venimos a trabajar no más. Si lo enfadamos o nos demoramos en terminar la tarea y se le acaba la paciencia nos aplastará como chinches.

Todo era peligroso en la montaña. Los desprendimientos, la falta de oxígeno y la ventisca, el granizo o la nieve, que se podían presentar sin avisar. Por eso ya nadie subía con él a la mina, porque no merecía la pena el riesgo ni el esfuerzo para lo mal que pagaban luego en el mercado. No menos de quince hijos naturales tuvo don Bartolomé, de diferentes mujeres, y ninguno de ellos quiso aprender su oficio. Sólo yo, que ni era familia ni le entendía la mayoría de las veces.

Cuando era chico subíamos bastantes hombres. Mas de sesenta. Y nos ayudábamos los unos a los otros, me contaba en un español salpicado de quichua. Luego vinieron las máquinas de los gringos, las que hacen hielo, y ya nadie quiere comprar el que sacamos nosotros. A don Bartolomé le daba pena que la gente utilizara el hielo de las congeladoras para hacer juguitos de fruta. ¿Eso cómo va a servir, si ayer mismo era agua? El hielo del Cerro es viejo. Mucho más viejo que yo. Ya estaba ahí antes de que mi abuelo encontrara la mina. Tiene vitaminas para los huesos, afirmaba don Bartolomé mientras masticaba las escamas que desprendía a golpe de hacha con sus dientes medio podridos. Y era verdad que sabía distinto. Más duro pero más dulce por la ausencia de cloro.

Entré de aprendiz con don Bartolomé cuando nadie más quería hacerlo para molestar a mi padre. Él quería que le ayudara en su tiendita de la ciudad pero yo estaba en una edad en la que ya no toleraba sus órdenes y sus ráfagas de mal humor, así que me eché al monte. Los sábados, cuando conducía la reata de asnos cargados con los cubos de hielo camino al mercado, pasaba a propósito por delante de su tienda. Él esperaba en la puerta pero, tan pronto me veía llegar, giraba la cara para no cruzar su mirada con la mía.

De gana pones bravo a tu taita, me dijo una vez don Bartolomé en el pajonal, cuando me enseñaba a trenzar los carrizos para hacer sogas. Así mismo son los padres. Tienen que parecer duros y severos para que los hijos no se tuerzan. Si entiendes eso verás que es bueno por adentro. Creo que esa misma relación, como de padre e hijo, era la que tenía don Bartolomé con su Cerro. Cada mañana, en su idioma común, le pedía humildemente permiso para extraer el hielo de sus entrañas.

Luego daba golpes delicados con su hacha sin filo para moldear el bloque que íbamos a sacar, como si tuviera cuidado de no despertarlo de su siesta. Don Bartolomé no tenía miedo de la montaña pero le guardaba el respeto que merecía. Y la montaña lo respetó a él hasta el final. Ya han pasado muchos años desde entonces y mi vida ha cambiado. Ahora trabajo en una sucursal del Banco de Fomento en una gran ciudad, muy lejos de la cordillera. Y no había vuelto a pensar en don Bartolomé hasta hoy. El noticiero de las nueve ha abierto con las imágenes del nevado donde estaba la mina. Bajo sus toneladas de roca y nieve escondía el corazón de un volcán que acaba de reventar.

El locutor habla de cientos de desaparecidos, de aldeas enteras que se levantaban en sus faldas y que han sido barridas por la lava y los escombros. Apenas escucho. Nada de eso me importa demasiado. Sólo puedo pensar en que el oficio de hielero ha desaparecido para siempre. No sé si don Bartolomé seguía trabajando, si ya se retiró o incluso murió hace tiempo. Sería lo normal, pues ya era viejo cuando lo conocí. Pero el fuego de la montaña habrá fundido los glaciares, convirtiéndolos en vapor. Me sirvo un vaso de whisky con dos cubitos que sacó de la heladera y me lo bebo de un trago mientras pienso que mi hijo jamás podrá saborear un jugo de naranjilla con hielo milenario.

# Romance de dos cuerpos ilustrados

de creación

Nº11 FEBRERO 2023

## EL VIEJO WALT

1

Arnoldo y Bea apenas se miraron a los ojos. No hubo química ni por asomo, pero se contemplaron un buen rato. Era una cuestión estética. Ambos llevaban sus cuerpos tatuados desde las

pantorrillas hasta el cuello. Los motivos eran muy distintos y las elecciones hablan por sí solas. En ella resaltaba una Frida unicejas, mientras él portaba bien visible a Sylvester Stallone, en su versión de Cobra, con anteojos espejados y su clásico mondadientes. Bea era una galería de arte, Arnold un compendio de filmes y seriales de acción que se ven en maratones. Los artistas que esculpieron las pieles eran en extremo talentosos. Algunos sostienen que consistía en el mismísimo diablo bajoformas diferentes. Ya sabemos que el Maligno suele mudar de formas. Era muy probable que hubiera hecho lo mismo con sus diseños. Los

estilos no podían ser más divergentes.

Cruzaron palabras de cortesía, preguntas sobre los dibujos, su valor, la tienda donde fueron creados. Ambo se respondieron con monosílabos y frases de compromiso. La potencialidad de una historia en común, de disipó en un instante. Ella tenía novio, él no, pero se las apañaba bastante bien para que su alcoba no estuviera vacía. Aquella noche cada uno continuó con sus rutinas de sexo apasionado y compañías. Pero algo pasó, la mente indicaba algo que la carne no retribuía los afectos.

Cuando durmieron no se percataron que sus sueños parecían no pertenecerles. Ella pintaba cuadros, filosofía sobre la vida y las vicisitudes de la Gran Revolución; él asesinaba malhechores a mansalva arrojando frases irónicas al vuelo antes de ultimar a

alguien. Los no amantes se recordaron durante el desayuno. No era una situación agradable. Ella le resultaba presumida, él un pasotas mono celular, apenas un eslabón por encima de un primate y con mucho menos carisma.

Tardaron en descubrir los rocambolescos acontecimientos que estaban por suceder.

Frida y Sylvester se enamoraron perdidamente muy a su pesar.

2

Confundidos, se dejaron llevar por la intuición. Caminaron a la deriva por la ciudad hasta toparse en la esquina más concurrida del microcentro. Las posibilidades de un encuentro casual eran menos de una en un millón. Se invitaron a un bar. Ella pidió un café, él una cerveza bien helada. Fueron las dos horas más insufribles de sus vidas. Al final de la cita contra su voluntad, primó la sinceridad y ambos por fin coincidieron en algo. Se detestaba mutuamente. Juraron no volverse a ver. Para asegurar el desencuentro intercambiaron sus movis y activaron los permisos de GPS. Si uno de ellos transitaba por las cercanías del otro quien estuviera a la derecha del monitor, tenía la obligación de alejarse. Una orden de restricción personalísima y secreta.

Antes de darse el adiós definitivo ambos sintieron una extraña picazón ardiente a la altura de sus omóplatos. Un Depredador y la Venus de Milo se miraban apasionados. Huyeron aterrorizados cada uno por su lado. Olvidaron dejar propina. El mozo les soltó una maldición por lo bajo ¡Como si con lo que les sucedía no resultara suficiente! Conciliar el sueño fue un calvario envuelto de pesadillas, pero lo más insólito y terrible fue que los dos despertaron 03:30, en situaciones diferentes pero de igual grado de patetismo. Arnoldo cual sonámbulo despertó frente al espejo de pie, con un estilete en su mano y un trazo de sangre en su brazo izquierdo. Apenas podía contener su derecha que intentaba liberar a Sly de la piel que lo tenía encerrado. Eso suponía mutilación, la certeza de no llegar al alba, morir desangrado por su propia extremidad asesina y la humillante catalogación de suicidio por insanía según informes de prefectos muy poco abiertos de miras.

Bea no la pasó mejor. Un dolor morado y negro la sacó de su letargo. Khalo había adquirido relieve, pero no una forma femenina, sino un bulto gigante y deforme. Una suerte de globo carnal se hinchaba en contornos irregulares. Entre la piel y la carne viva,

solo podía adivinarse aire. Cerca del cuello también manifestó una agitación involuntaria que amenazaba terminar en el desuello lento, minucioso y por partes. Debía pedir ayuda antes que un shock nervioso la sumergiera en la inconciencia. Luego sobrevendría la muerte. Tomó el teléfono, en discado rápido se hallaban su mejor amiga, su hermana y su madre. Dudó. La tomarían por loca y cuando supiera que decía la verdad, ya sería demasiado tarde. Buscó el contacto de Arnoldo y dio enter. Una voz histérica le respondió al otro lado de la línea. El mancebo musculoso chillando como unmarrano era una cosa de esas que daban risa, pero la situación no ameritaba la burla.

3

Algo le pasaba al pobre diablo y suponía que era tan descabellado como los sucesos que la tenían en vilo. Rompieron el juramento sin dudar. ¿En tu casa o en la mía? No confiaba en él y decidió jugar de local, so riesgo de sentirse ligera. La eternidad de ignorancia mutua se rompería en media hora a lo sumo. No quedaba otra alternativa. Era el único que comprendería tamaña chifladura, si el cerebro le daba, por supuesto. Fue encontrarse cara a cara y el dolor cedió al instante. Ambos se repugnaban de igual modo, pero sus pieles pedían otra cosa. Le ofreció un té. Hubiera preferido un whisky pero aceptó el convite. Los dos se encontraban en pésima forma y un encuentro íntimo parecía una locura. Silvester y Frida no pensaban lo mismo y se los hicieron saber a través de sendas puntadas. Bea y Arnoldo se necesitaban, por ahora, sería mejor ayudarse para salir de esta pesadilla. Ella curó sus heridas con cuidado, el colocó hielo, suave, sobre sus hematomas. Se dejaron llevar y fueron a la cama. Suponían en busca de reposo, pero la pasión de los tatuajes tenían otras intenciones. Desprendieron sus ropas y permitieron el contacto de las tintas. Ellos no se acariciaron ni mecieron sus cabellos. Simplemente dejaron que los dibujos se comunicaran. Fue entonces que una danza sorprendente comenzó a ejecutarse en las pieles magulladas. Sly y Frida se hicieron el amor, también Predator y Venus. No solo ellos, una orgía de majas y hombres lobos, querubines y demonios del metal, corazones y sagitarios se unieron en descomunal orgía. Ellos también se ofrecieron al coito, más que nada como una devolución de gentilezas. Al caer los primeros rayos dormían mansamente. Los diseños habían cambiado de lugar, algunos se habían extrapolado y la tinta estaba corrida. Despertaron al mismo tiempo con cautela. Dos extraños desconocidos ya era un suplicio complicado de explicar. Un par de futuros enemigos resultaba indescifrable, un enigma a resolver por fuerzas desiguales que siquiera ocasionalmente, tirarían para el mismo lado.

**Algo le pasaba al pobre diablo y suponía que era tan descabellado como los sucesos que la tenían en vilo**

**A veces solo suelen abrazarse y dejar que las imágenes hagan lo suyo.**

Bea y Arnoldo llevan ya cuatro años juntos. No se dirigen la palabra y ninguno de los dos recuerda el color de ojos de su pareja. ¡Bah! Lo mismo que muchísimos matrimonios que no hacen tanta alharaca. No tienen un mísero punto en común, salvo un hijo en semi dulce espera. No los une el amor sino el espanto. La amenaza latente, superficial y profunda a la vez. Presos de sus vainas están condenados a la fidelidad constante, que no necesariamente debe ser bienintencionada.

4

A veces solo suelen abrazarse y dejar que las imágenes hagan lo suyo. En algunas oportunidades los observan y hay que confesarlo, el despampanante despliegue erótico en 2D acaba por excitarlos. Cuando sus portadores duermen los dibujos suelen deslizarse hasta las sábanas. Son tan solo momentos, enseguida retornan. Un brote de espíritu aventurero. Sin la dermis no pueden respirar y el sudor de la piel evita las resequeidades.

El dúo desparejo ha contemplado en un par de oportunidades someterse a operaciones láser con el lícito fin de eliminar sus tatuajes. Nunca lo han hecho y da la sensación que no lo harán. No solo por el terror atávico a una muerte retorcida, cierta y sufrida. En cierta forma esos pequeños son suyos, se alimentan de su sangre y se cobijan en sus cuerpos. También los hacen únicos y son un preciado secreto que los diferencian del resto de los mortales.

La señora Khalo de Stallone usa ahora anteojos espejados, mastica un mondadientes y mientras cose a balazos a nazis y fascistas, profiere con ironía: "Tiene derecho a permanecer callado". Mientras tanto, en otro cuadrante de esos caleidoscopios latentes un sugestivo agujero negro tiene sexo con dragones medievales.

# LA GALERÍA

La galería es un espacio de longitud diversa donde los artistas plásticos (pintores, escultores, fotógrafos, ilustradores) pueden mostrar al público sus obras

Lume de violins,  
por Yolanda  
López



Democracia,  
por  
Jose Manuel  
Hidalgo

# Carta del editor.

¡Sorpresa, sorpresa! ¡Ya estamos aquí! Me dirijo a vosotros para comentaros sobre la revista. En primer lugar, gracias a todos los que nos habéis enviado materiales para su publicación, hayan sido o no seleccionados. Han sido tantos que me he visto obligado a adelantar la publicación, prevista para marzo, a este febrero.

La revista saldrá cada 7 de mes: es decir, será mensual y no trimestral como se decía en las bases. Así que buenas noticias para todos los que habéis enviado materiales, pues habrá más oportunidades. Si habéis recibido mi comunicación de ser seleccionado se publicará, aunque no sea en este número inicial- Es mucho el contenido y quiero tomarme la molestia de leer personalmente todos los materiales que me enviéis. Y la revista solo tiene 32 páginas.

Para los que no hayan sido seleccionados decirles que el rechazo de vuestro texto/imagen no es nada personal y se refiere solo a ese trabajo en concreto, en la forma en la que lo habéis presentado. Entre ellos había ideas buenas pero la realización final deja que desear. No os desaniméis, yo también he pasado por ello y destruí muchos escritos iniciales. Y escribir es bueno porque te va dando un tratamiento del lenguaje. Por eso importan también las obras frustradas. De todas formas, la selección es con mi criterio, (no con mi gusto), así que, si queréis una excusa, la tenéis. Pero que sepáis que os he leído. Las puertas de Revista Caminante siguen abiertas.

En vuestras consultas muchos me habéis preguntado por temas de maquetación que no tienen que ver con la literatura. El criterio de selección es meramente literario y no se especifican esos condicionantes porque los adaptamos al hacer la revista. Por ejemplo la extensión. Si la revista tiene 32 páginas no enviéis textos muy largos de 15 o 20 páginas.

Otro tema es cuantas colaboraciones se pueden enviar. Yo he querido dejarlo a vuestra discreción y no me habéis fallado. Solo una persona envió de golpe 14 colaboraciones, con riesgo de que si todos hiciéramos lo mismo colapsaría no ya el mail sino mi capacidad de lectura. Y todos queremos ser leídos. Y yo en la revista quiero tener cosas buenas.

Otros me habéis enviado poemarios enteros, dejando que yo decida lo que me plazca. Tampoco vale, porque yo no represento al autor. Vosotros teneis los derechos y sois los que debéis elegir. Y nuevamente, mi capacidad de lectura se resintiría. No lo hagáis, se rechazará.

Si los que habéis sido seleccionados, no figuráis en este número, será en el siguiente o siguiente... Caminemos juntos. Un abrazo a todos.

## DANIEL COLLADO AZORÍN BIOARTIST

Daniel Collado Azorín nació en Madrid en 1970- Es diplomado en Educación Musical por la Universidad Complutense de Madrid.

Es autor de seis poemarios: Ensueños de fría sombra (2012), Universo y corazón (2016), Cuaderno de León (2017), Antiguo, los poemas del cajón (2018), El cigarro de la cigarra (2018) y Alguien está en el silencio (2022).

En prosa tiene editados un libro de relatos, Todos eran mis alumnos (2007) y una colección de retales periodísticos titulada Lenguas de ocasión (2021). Tequerucho de Montijo (2022) es su tercer trabajo en prosa.

Edita la Revista de creación literaria y gráfica Caminante. Ha dado numerosos recitales propios y con otros poetas y participa activamente en los micros abiertos de la ciudad de Madrid. También editó la revista Sentimientos invisibles.

Su página web es [escritordaniel.es](http://escritordaniel.es)



**Que fluya en su esencia y riqueza la imagen y la palabra, para orgullo, deleite y consuelo de todos los que amaron alguna vez, aunque fuera en forma imaginaria**

